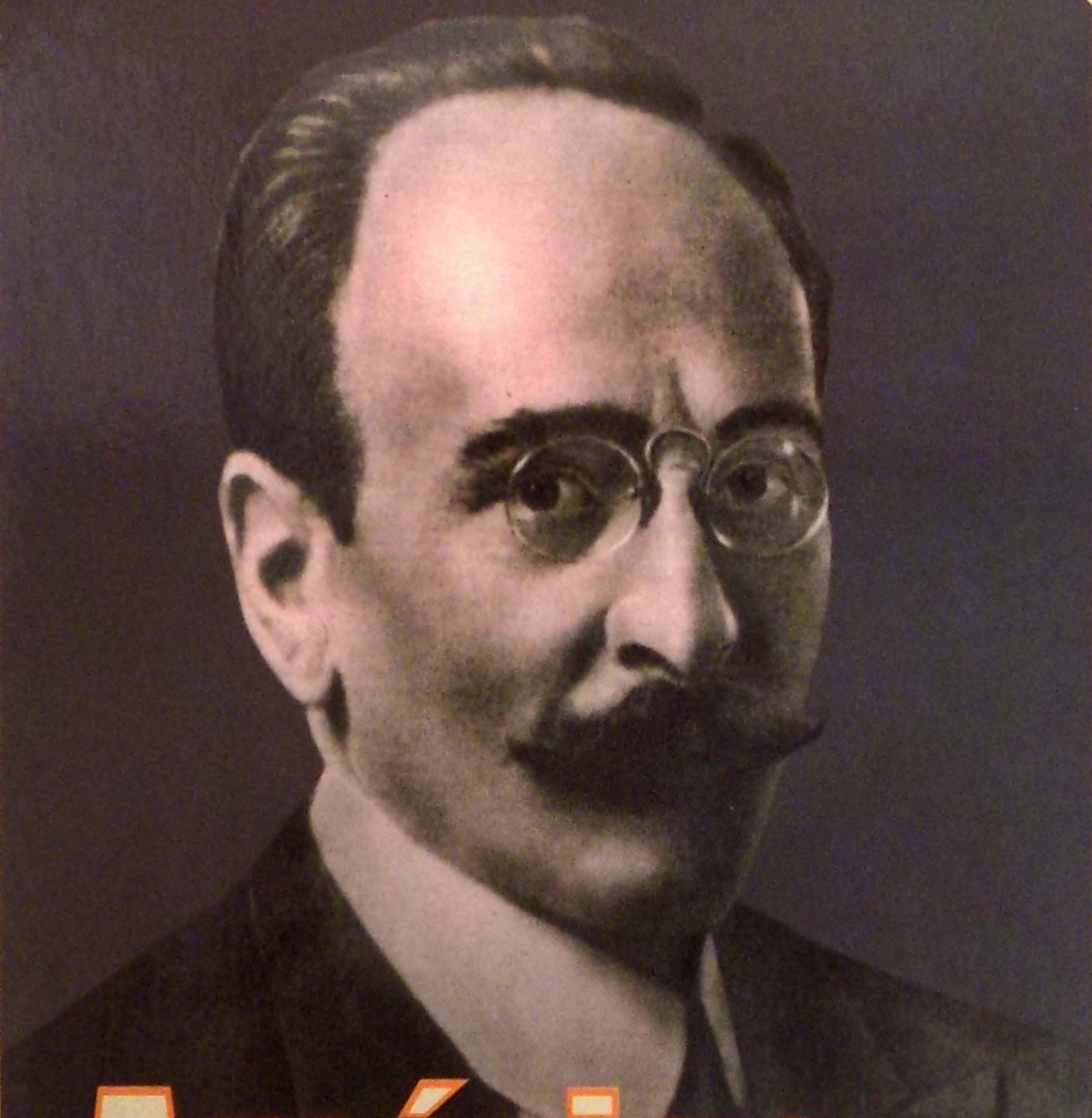


Eduardo WILSON
Fernando MAÑÉ GARZÓN

COLECCIÓN
DE LA PLATA
Colección Biografías



Américo RICALDONI

Artífice de la medicina uruguaya

IV

Cumplidos sus dos períodos como Decano (Fig. 52), volvió con todas sus energías a la Clínica Médica de la cual, si bien nunca se apartó totalmente, tuvo que relegar ante las prioridades del decanato. Fueron esos años, desde 1921 hasta 1925 (Fig. 53), los que más le exigieron como profesor, como científico y como consultante obligado de todo enfermo complejo. Hasta que su amor por la neurología lo llevó a idear su enseñanza y su desarrollo experimental, como se verá más adelante. Culminada esta instancia con la creación del Instituto de Neurología, surgió nuevamente en su interior la necesidad de participar de las decisiones de la Facultad. Es posible que ya adivinara su final próximo, por lo cual no quería perder un solo instante de su vida en actos superfluos y rutinarios, y dedicarlos todos a lo que entendía como adelantos de la enseñanza médica.

Es así que, a principios de 1927, aceptó ser propuesto como delegado de los profesores para integrar el Consejo Directivo de la Facultad. Ya electo, el 15 de febrero de ese año, junto a Ángel Gaminara, tomó posesión del cargo.

Habiendo renunciado Quintela al decanato poco antes de finalizar su período, para ocupar una banca en el Parlamento Nacional, dos tendencias claramente opuestas se movilizaron para imponer sus candidatos a Decano. Una de ellas proponía a Gerardo Arrizabalaga que era apoyado por varios profesores, la otra propuesta provenía de los estudiantes. *El Estudiante Libre*, en artículo firmado por Isidro Más de Ayala, manifiesta en diciembre de 1925:

“En virtud de que el actual Decano, doctor M. Quintela, ha declarado que abandonaría el Decanato para ingresar al Parlamento, el delegado estudiantil, doctor Praderi, cumpliendo con las normas democráticas que se trazó al aceptar la representación en el Consejo, se ha dirigido a sus electores solicitándoles le indiquen el candidato de los estudiantes para que le dé su voto, de acuerdo con la nota que publicamos en otro lugar. De ese modo, los estudiantes, por primera vez desde que tienen representación en el Consejo de la Facultad, podrán participar, siquiera sea indirectamente, en la elección de sus dirigentes y en esta forma en la orientación de sus propios destinos. La Comisión Directiva de la Asociación de los Estudiantes de Medicina al recibir la nota del doctor Praderi, dispuso la forma en que se ha de realizar la elección del candidato, para que éste represente sin género de duda al-

guno el sentimiento y la voluntad de la gran mayoría, sino de la totalidad de la falange estudiantil, y a este efecto, desde el día 18 al 25 del corriente enero, se hallará abierto un buzón en el local de la Asociación de los Estudiantes de Medicina, donde se recibirán los votos estudiantiles. Creemos que los estudiantes poco tienen que cavilar para hallar, entre las personalidades científicas de nuestro medio, aquella que por sus antecedentes de trabajo, su obra fecunda y su rectitud moral merezca el alto honor de ocupar el sitio del Decanato. Y es que hay en nuestra Facultad una personalidad que ha sido en estos últimos años la que ha empuñado con mano firme y certera el timón de toda obra de renovación y de progreso que se ha realizado en nuestra Casa de Estudios y que en virtud de la obra realizada y de la que puede realizar, debe ser el candidato único y obligado de profesores, profesionales y estudiantes para ocupar de nuevo la dirección de la Facultad, en la que a su paso ha dejado honda huella y alto ejemplo. Todo aquel que conozca la evolución de la Facultad de Medicina habrá comprendido ya que nos referimos al doctor Américo Ricaldoni".¹⁴

Pero Ricaldoni, ya totalmente ocupado por la responsabilidad de la instalación del flamante Instituto de Neurología, no aceptó la postulación. Aceptaba ser consejero, pero no decano. Arrizabalaga también renunció, al no poder contar con los votos suficientes, y se buscó un candidato de conciliación, que fue Alfredo Navarro, en ese momento en uso de una licencia de un año y en viaje hacia Europa.

Sin embargo, poco después, el 8 de marzo, Ricaldoni volvió a ser Decano por lo que duró la sesión del Consejo. Ante el cese del decano Manuel Quintela, y la ausencia con licencia del Decano electo, Alfredo Navarro, Ricaldoni como consejero más antiguo, asumió como Decano interino, pero al finalizar la sesión renunció a esta condición, siendo sustituido por el Dr. Juan Pou Orfila.

Durante todo ese año, el consejero Ricaldoni, a pesar de estar abrumado con las tareas que le exigía el proceso de inauguración del Instituto de Neurología, volvió a mostrar las mismas cualidades de responsabilidad directriz que lo caracterizaron como decano, actuando como fiel colaborador, y a veces orientador, del Decano interino. Defendió activamente su deseo de que los estudiantes cursaran parte de su formación en la Clínica Neurológica. En marzo se resolvió inaugurar

14 Más de Ayala, I. "El próximo Decanato. Candidatura del Dr. Ricaldoni." *El Estudiante Libre*, Año 6, diciembre de 1925, 58:1-2.

“Conservad eternamente el fuego y la alegría del trabajo. Porque el trabajo no es dolor, duelen solamente el ocio y la negación.”

“Ascended, pues, por la montaña confiados en vuestro destino. Únicamente pierde el pie quien antes de avanzar duda y blasfema.”

“No digáis nunca que el éxito no se logra sino allí donde, al rodar y de un modo fortuito, aparece la fortuna. Error manifiesto.”

“La instrucción poco valdrá si no la acompaña un propósito decidido y obstinado de hacer, de ejecutar.”

“Instruir, elevar el pensamiento, fortalecer la voluntad, educar los sentimientos, todo ello es función normal de la Universidad. Un supremo interés exige que esa función se ejerza bien, porque es precisamente a la Universidad que la Nación pide hoy las normas de gobierno, que en menguados tiempos, por fortuna borrados para siempre de nuestra historia, partían junto con el sordo redoblar de los tambores, de los antros sombríos de los cuarteles.”

“La hora es tal que solo tiene derecho a consideración el que contribuye con su esfuerzo al bienestar común, al bienestar de la Sociedad entera.”

“Corresponderá a vosotros investigar las causas del mísero vivir de los unos y del error o del crimen de los otros, pues nadie gime sin razón ni nadie es perverso porque sí.”

“Insistamos para que la autonomía universitaria que la nueva Constitución decretó sin retaceos, sea de una vez completa y real. Pero, autonomía no significa hermetismo”.⁸

Describe Más de Ayala en forma magistral el estado de ánimo de Ricaldoni al terminar su segundo Decanato:

“Podía pensarse que en ese instante la fatiga luego del trabajo, o el deseo de reposo después de la lucha, o el desencanto luego de la ilusión, anidarían como pájaros fatigados, en su espíritu tan fino y sensible. ¿Queréis saber si esto fue así? Leed vosotros mismos sus propias palabras al terminar su Decanato: “No he soñado, he visto. Y después de ver, creo. Creo en los viejos maestros de nuestra Facultad entregados a su ciencia con la más abnegada

8 Ricaldoni, A: Discurso a los egresados del 21 de enero de 1921. Manuscrito de 20 páginas. Archivo Pablo Ricaldoni

y ejemplar dedicación; creo en la juventud llena de talento, que se agita en nuestras aulas. Creo en la influencia cada vez mayor y más perfeccionada del ambiente. Creo en la futura grandeza de nuestra Facultad". De que noble metal estaba hecho el espíritu de este hombre que sale de la acción larga y afanosa, en la que hubo espinas y luchas, con tan vibrante Credo, cuando es lo habitual que en los hombres sea el credo una afirmación inicial a la que luego la acción y la vida, la dura vida enemiga, irán, quitando ánimo, disminuyendo impulso y, finalmente, desvaneciendo".⁹

V

Terminada su función de Decano (Fig. 56), no dejó la Facultad de reclamar su presencia y su voz en eventos importantes o en recepciones de personajes ilustres de la medicina. El 25 de julio de 1924 fue encargado de dar la bienvenida al profesor francés de clínica médica, Dr. Louis Vaquez. Ricaldoni hizo un elogio de los aportes de Vaquez a la cardiología y detalló cada uno de ellos, para luego agradecer su disposición permanente a recibir a los médicos uruguayos. Hizo extenso el agradecimiento a todos los médicos franceses: Widal, Chauffard, Landouzy, Roger, Marie, Babinski, Lereboullet, Sergent, Helme, y agregó varias reflexiones:

"No ignorábais, en efecto, que era vuestra ciencia la preferida por nosotros, sin que por ello menospreciáramos ni la inteligente y tenaz disección analítica de las otras escuelas europeas ni las asombrosas audacias técnicas de la parte septentrional de nuestro continente. Pero, hacia vosotros nos inclinaban, no solo afinidades de raza y similitudes de idioma, sino también el vigor y la nitidez de vuestras enseñanzas, así como la virtud de éstas para hacernos divisar hondas y luminosas perspectivas. Además, ¿quién como vosotros tiene el privilegio de vestir el pensamiento en forma tal que, alejando toda suerte de brumas e impurezas, haga parecer que las ideas surgen, plenas de alegría, entre flores y caricias?... Vuestros libros no admiten parangón posible, y a veces cantan y arrullan. Trousseau, lo mismo que Charcot, estremecen por la realidad viviente de sus descripciones; Jaccoud admira por su método y su lógica impecables, de una sorprendente fuerza edu-

⁹ Más de Ayala, I: Américo Ricaldoni. *Sueño y realidad*. Montevideo, 1945, p:22.

CAPÍTULO XII

EL INSTITUTO DE NEUROLOGÍA

I) La Cátedra de Enfermedades Nerviosas. Importancia del prestigio de Ricaldoni. II) Proyecto de "Instituto Neurológico". III) Informe de Manuel Quintela. IV) Opinión de Ricaldoni. V) Enseñanzas de la "Neurología normal". VI) Informe elevado por la Comisión de Instrucción Pública a la Cámara de Representantes. VII) Aprobación del proyecto. VIII) Ley de creación del Instituto de Neurología. IX) Reglamento de designación del personal y reglamento interno. X) Selección del personal. XI) Programa para la construcción del edificio del Instituto de Neurología en el futuro Hospital de Clínicas. XII) El esfuerzo de Ricaldoni. XIII) Inauguración oficial del Instituto de Neurología. Discurso del Director. XIV) "Anales del Instituto de Neurología". Lecciones. Movimientos de enfermos. Estudios complementarios. Gastos. XV) Sus clases de neurología según Isidro Más de Ayala. XVI) Las donaciones que beneficiaron al Instituto. Donación Saralegui. Donación Arnoldo Berta. Donación Clemente Estable. XVII) Permanencia del espíritu de Ricaldoni.

I

En 1925 la Facultad de Medicina decidió la creación de una cátedra de Enfermedades Nerviosas, entendiendo que había madurado la necesidad de una clínica especializada. No era éste un capricho de las autoridades. Era el lógico reflejo de una realidad internacional y nacional que había sido testigo de un asombroso desarrollo de las ciencias neurológicas.

Solo en los últimos 10 años, se habían sucedido los siguientes progresos en EE.UU: en 1914 Lewis Weed describía el sentido de la cir-

tados extranjeros: O. Fontecilla de Chile, sobre neoformaciones intracranéanas y Aloysio de Castro sobre reflejos cutáneos. Entre los autores de lecciones y conferencias, se encuentran los principales colaboradores del Instituto: Francisco Caffera, Albérico Ísola, Lorenzo Mérola, José María Estapé, Juan Cunha, Luis Surraco, Héctor Rossello, Francisco Ruvertoni, Rodolfo Tálice, Ángel Gaminara y Enrique Claveaux. Entre los autores de artículos originales se encuentran Clemente Estable, Julio María Sosa y José J. Estable, Héctor Rossello, Isidro Más de Ayala, Albérico Ísola, Alberto Amargós, Juan Cunha y Juan C. Pla.

XV

Luego de esta fría exposición de datos y hechos, pareciera que todo era mecánico en el funcionamiento del Instituto. No era así. La calidez, la humanidad, el afecto de Ricaldoni estaban siempre presentes y sobrevolaban todas las actividades. Nada más demostrativo que esta brillante narración de cómo daba sus clases de neurología, hecha por su discípulo Isidro Más de Ayala:

“¿Qué tiene de extraño que todos los jueves antes de la hora 11 estuviera ya repleto de profesores y estudiantes el salón de clases del Instituto de Neurología? Próximo a esa hora se veía entrar al Maestro al Hospital, por la puerta de la calle Maciel. Por el corredor paralelo a la Sala Pedro Visca avanzaba, y lo hacía tan quedo y cautelosamente como buscando pasar inadvertido, cohibido por el renombre que a su pesar llevaba auestas. Llegaba así a la Sala y mientras vestía su túnica blanca siempre grande, y ponía en su cabeza aquel gorrito blanco que tenía la rara virtud de quedarle siempre mal, prolongaba en conversaciones amables el instante de comenzar la clase. Parecía como que en un último temor de no poder satisfacer la expectativa de aquel contingente numeroso de estudiantes que aguardaban su palabra, el Maestro retardaba voluntariamente el momento de entrar en la brega. Hasta que, llevando en sus manos apuntes y notas que le servirían para la clase, avanzaba hasta el pupitre, acompañado de los enfermos que mostraría ese día. Con ser grandes su sabiduría y su experiencia, nunca dejó librado el Maestro a los azares de una improvisación los motivos de sus disertaciones. La grave responsabilidad con que cumplía su magisterio le hubiera hecho ver como una fal-

ta imperdonable no preparar maduramente sus conferencias. Por respeto a su auditorio y a su Clínica no ocultaba la labor paciente de varios días que vertía en sus clases. Hubiérale sido fácil improvisar. Pero no hubiera podido después arrancar de su pecho la espina del pecado capital cometido. Cuando llevaba el enfermo a la conferencia, ya estaba en posesión de todos sus secretos clínicos. En las mañanas anteriores, durante horas enteras, había paseado por toda su piel el trocito sutil de algodón y los tubitos caliente y frío. Había golpeado sus tendones con el pequeño martillo aquel y dejado en sus tegumentos las rayas del alfiler de gancho. Ante los ojos de quienes acompañaban entonces al Maestro se desarrollaba una elocuente lección de Semiología. Y es que pacientemente, detalladamente, como un hornero hace su nido o un alfarero sus mayólicas, el Maestro estaba trabajando el barro de la obra que mostraría después totalmente concluida y sin una falla. Era entonces grande su labor de análisis, lento, sin precipitaciones, reflejo por reflejo. Y no era menor la labor de síntesis que al mismo tiempo iba preparando y que se desarrollaría el jueves ante los ojos de los alumnos en aquel pizarrón giratorio donde Amargós estaba escribiendo desde hacía dos días. Y agregad a esto los carteles y gráficas que el dibujante estaba preparando. Tomaba asiento frente a los alumnos entre pizarrones y gráficas. A su derecha el pupitre con la fina varita y las hojas clínicas. A su izquierda los enfermos. Parkinsonianos, 'estatuas de cera en marcha'. Ciegos, viviendo nocturnos inacabables. Atáxicos, con sus taconeos y sus bastones. Hemipléjicos, transportando adherida a su mitad sana, la mitad muerta de sus cuerpos. Danza con ritmo endiablado de los miembros coreicos. Mirar triste y suplicante de los epilépticos. Llantos copiosos de los viejitos temblorosos y fríos. Todo un desfile de espectros mutilados que se reunían en el remanso aquel como tablas deshechas. El Maestro cruzaba su pierna, ponía sobre sus rodillas la varita de las demostraciones, corregía la posición de sus lentes y comenzaba su disertación. En el comienzo de su lección las palabras se sucedían lentamente y en tono de voz tan bajo que los estudiantes que no estaban próximos llevaban su mano al pabellón de la oreja para recoger las palabras que el Profesor decía. Era tan completo el silencio que en su torno el respeto y la admiración provocaban, que resonaban irreverentemente los taconeos en el corredor vecino y en el piso alto. El Maestro estaba haciendo la disección de los síntomas que presentaba el enfermo. Y finalmente, sutilmente, con admirable habilidad y certera intuición

clínica, se abría paso y avanzaba a través de la compleja maraña de las manifestaciones patológicas. ‘Piloto de las nieblas’ se le ha dicho, y lo era en ese momento más que en ninguno, cuando con exacta visión iba esquivando rompientes rumbo a un puerto seguro y calmo. Entrado ya en el tema, llevado por el calor del raciocinio, el Maestro se ponía de pie, a alta tensión ya su motor cerebral, y sus palabras justas, precisas, concertadas, eran dichas con alto tono de voz. Podían ahora discutir a voz en cuello dos paseantes en el corredor vecino. Nadie los oiría. Todos estaban pendientes de lo que el Maestro iba diciendo y las palabras se sucedían unas o otras con esa medida griega, con esa euritmia con que el Maestro sabía concertar sus dos dioses predilectos: la sabiduría y la armonía”. (...) “Y no era solo la palabra lo que producía la emoción artística que de él emanaba. Sus gestos discretos y elocuentes, concertados y justos, tenían también su expresivo lenguaje. Cuando su mano pálida y delgada se alzaba con los dedos juntos como un ramillete, era que procedía a la síntesis con que culminaba su disertación. O cuando montaba en el índice rígido el oro de sus lentes y la mano dibujaba en el aire una sucesión de parábolas persiguiendo la incógnita esquivada de las palabras. O cuando con su diestra lentamente se retorció las guías de su bigote, de aquel bigote mosqueteril y desusado donde siempre hacía presa fácil el lápiz travieso de los caricaturistas. Y cuando estaba en posesión de ese conjunto de síntomas comenzaba a razonar sobre las conclusiones que sobre ellos podían fundarse para indicar el diagnóstico posible. Hasta ese instante había sido una obra de análisis. A partir de ese punto iba a comenzar la síntesis hecha con aquellos elementos escrupulosamente seleccionados. Y era entonces cuando su raciocinio aparecía en su mayor potencia y su lógica era fuerte y convincente. Aparecía entonces el edificio entero de su bien cimentada disciplina científica. El método, que es orden y sabiduría, era impecable. Nada de titubeos tímidos, pero tampoco nada de atrevidas audacias. Y tan lógico y firme y verdadero eran el método y el razonamiento de su disciplina científica que ella era aplicable no sólo al caso particular que entre sus manos tenía el Maestro, sino a toda actividad científica. Y es así que un investigador de laboratorio, discípulo apreciado del Maestro, nos decía que sacaba fecundo provecho de todas sus clases, porque fuera cual fuera el caso clínico examinado, era tan clara la lógica del Maestro, tan severo y ejemplar su razonamiento, que luego aplicadas las mismas disciplinas en el laboratorio, constituían una brújula

certera". (...) "No le agradaba al Maestro permanecer largo rato en el tono trascendente. Entonces, una frase chispeante, una ocurrencia ingeniosa, un juego de palabras hechos por antítesis o por asonancia, una anécdota pintoresca, llegaban a romper aquel tono de trascendencia que le fatigaba y a dar descanso a la atención de los estudiantes que hacía ya una hora tenía en sus manos. Eran brillantes y traviesos los ojos a través del cristal de sus lentes. Al sonreír se acentuaba el rictus de la mitad izquierda de su rostro. Surgía entonces su chiste; pero ¡ay! el Maestro no sabía hacer buenos chistes. Sus ocurrencias eran inocentes, pastoriles a veces por su ingenuidad, y sus chistes esterilizados, asépticos, de agua destilada o de suero fisiológico".¹⁵

XVI

Además de los aportes presupuestales y las partidas otorgadas en la ley de creación, el Instituto pudo contar con el apoyo de tres donaciones, efectivizadas en distintos momentos, y que fueron las siguientes:

Donación Saralegui

En la sesión del 22 de enero de 1927 el Consejo Directivo de la Facultad de Medicina resolvió aceptar la donación a favor de la Facultad y con destino al Instituto de Neurología, que había hecho el señor Zacarías Saralegui, recientemente fallecido en Francia. Dicha donación, que alcanzó a más de cuatrocientos mil pesos, fue realizada en vida del donante por intermedio del Sr. Luis Supervielle, albacea en este asunto, a quien el Dr. Manuel Quintela le sugiriera el destino que debería darse a la suma donada. La donación era de la propiedad de ciertos bienes, que quedarían en usufructo de la viuda Matilde Cudalda de Saralegui hasta su fallecimiento. Esta importante donación recién se pudo hacer efectiva en la década del 40, luego de fallecida la Sra. Cudalda y dispuesta la venta de los bienes. Por las condiciones de la donación, Ricaldoni no pudo hacer uso de esta elevada suma de dinero, que equivalía a 30 veces los gastos del primer año de funcionamiento.

Donación del Profesor doctor Arnoldo Berta

El 31 de marzo de 1927 el Consejo Nacional de Administración resolvió aprobar la modificación propuesta por el Dr. Arnoldo Berta el

15 Más de Ayala, I. "El Maestro en la Cátedra". En: "Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni". *Anales de la Facultad de Medicina de Montevideo*, 1929, 14:684-690.

medecin de notre Faculté, très intelligent, qui aime avec une grande passion le travail, et qui s'intéresse surtout aux questions qui concernent les maladies infectieuses et la Parasitologie. Ayant lu votre splendide livre sur la Diphtérie (et bien merci du cadeau, cher maître), il désire maintenant vous entendre parler vous même (et en être témoin de quelques-uns d'eux, s'il est possible) à propos de vos faits. Quant à mon voyage en Europe, l'état actuel de ma santé m'interdit absolument d'y songer. Ce sera pour... le Destin fixera la date. Croyez toujours à ma reconnaissance infinie et veuillez agréer, cher et très honoré maître, les expresions de mes sentimentales les plus distingués et les assurances de mon affectueux dévouement. A. Ricaldoni".¹² (Fig. 59)

Ignoramos si esta carta finalmente fue enviada, pero de ella surge claramente el perfecto estado mental de Ricaldoni (solamente comete el error de nombrar a Talice como Roberto en lugar de Rodolfo), y la certeza de su próximo final, implícita en esos puntos suspensivos tan cargados de significación y tan exentos de queja.

VI

Ricaldoni murió el 6 de julio a las 20:40 horas, rodeado por su familia, en su casa de la calle Lucas Obes en el Prado¹³ (Figs. 60 y 61). Su discípulo Isidro Más de Ayala evocaba con sensibilidad y emoción las últimas horas de la vida de su Maestro:

"El 5 de julio lo vimos por última vez, ya en el lecho donde estaba supliciado desde hacía dos meses. Era la última tarde que vivía. Y la enseñanza que entonces recogimos fue tan elocuente y valiosa como todas las que escuchamos en su Sala Visca. Sostenía en la mano izquierda descarnada un libro abierto y en la mano derecha tenía un lápiz tembloroso. No le obedece la mano y el lápiz se dobla bajo el índice cuando quiere escribir. Pero es firme todavía su afán de ciencia. Es un atardecer frío. El sol que dio primero sobre la alfombra, subió a la cama y por último pasó sobre

¹² Carta dactilografiada. Copia en Archivo Pablo Ricaldoni.

¹³ Esta hermosa residencia, rodeada por un extenso jardín, había sido hecha construir por Ricaldoni en sus últimos años. Lamentablemente la pudo disfrutar muy poco tiempo. Luego de Ricaldoni la mansión pasó a ser propiedad de Fermín Ibarra y finalmente fue demolida para construir un núcleo habitacional.

la biblioteca hasta irse ocultando lentamente detrás de los eucaliptos del Prado. En el jardín las sombras de los árboles se han ido alargando. El pito de las cinco hace abrir los portones de las fábricas y salen obreros azules de labor. Un grupo alegre de colegiales blancos corre para el Prado. Y por la callejuela vecina no cesan de llegar autos y autos, silenciosos y lentos, como en el presentimiento doloroso de una gran desgracia. El enfermo tiene en ese instante un acceso terrible de tos. Los pulmones rugen como fuelles rotos. Queda después un rato quieto, sin movimiento. Los párpados han bajado. Se espera con terror que el pecho se dilate. Y después de un instante, comienza lentamente de nuevo su respiración penosa. Y entonces, sin protestas ni amarguras, el primer movimiento de sus brazos es para abrir de nuevo el libro y buscar el lápiz que se ha corrido sobre la cama. Y después otro acceso de tos. Y otro y otro. Y sus ojos, tan brillantes y firmes antes, con tanta vida y expresión, se apagan cada vez más y parecen dos pequeñas lucesitas débiles a merced del viento que concluyó por apagarlas".¹⁴

El cuerpo de Ricaldoni fue velado primero en su domicilio en el Prado y luego en la Facultad de Medicina. (Fig. 62). Altas autoridades nacionales, del ambiente universitario, colegas, estudiantes y pacientes concurrieron en forma ininterrumpida. También lo hicieron las figuras políticas de mayor relieve del momento, como el ex-Presidente José Batlle y Ordóñez, Domingo Arena y Luis Alberto de Herrera. El cortejo fúnebre, que partió de la Facultad hasta el Cementerio Central, fue encabezado por el Presidente de la República Don Juan Campisteguy y el Ministro de Instrucción Pública, Enrique Rodríguez Fabregat. En el sepelio pronunciaron discursos el mencionado ministro; el Decano de la Facultad de Medicina, Alfredo Navarro; Pablo Scremini en nombre de los profesores; el Director de la Asistencia Pública Nacional José Martirené; el Vocal del Consejo Nacional de Higiene, Mario Ponce de León; Héctor Rossello en nombre del Instituto de Neurología; Enrique Claveaux por la Sociedad de Medicina de Montevideo; Juan Carlos Pla en nombre de los discípulos y los bachilleres José Pedro Cardoso y Bolívar Pereda por los centros estudiantiles.

El 6 de julio de 1960 los restos fueron trasladados al Panteón Nacional.

14 Más de Ayala, I. "Escuchando una clase de Ricaldoni en el Instituto de Neurología". En: "Homenaje a la memoria del profesor doctor Américo Ricaldoni". *An Fac Med Montevideo*, 1929, 14:692.

CAPÍTULO XVIII

DISCÍPULOS Y COLABORADORES DE RICALDONI

A) *DISCÍPULOS: I) Arnoldo Berta. II) Juan Carlos Pla. III) Ernesto Stirling. IV) Ángel Gaminara. V) Alberto Amargós. VI) Carlos Brito Foresti. VII) Fernando Abente Haedo. VIII) José Bernardino Rodríguez.*

B) *ADMIRADORES: Pedro Barcia. Rodolfo Talice. Diamante Bennati. Isidro Más de Ayala.*

C) *OTROS COLABORADORES: José Rossemblatt. Francisco Brito del Pino. Enrique Claveaux. Fernando Calleriza. Fernando Rossi. Inés Luisi. José María Estapé. Mario Ponce de León. Alfredo Pérez Sánchez. Juan Gandolfo Canessa. Juan César Mussio Fournier. Juan Dornaleche. Alberto Artagaveytia. Joaquín Caldeyro. Haroldo Mezzera. Manuel Landeira. Fabián Arocena.*

A) DISCÍPULOS

A través de sus treinta y seis años de docencia permanente e incansable, en distintas disciplinas, la personalidad de Ricaldoni dejó una huella imborrable en las generaciones de estudiantes que se iban sucediendo a su paso. Todos ellos fueron sus alumnos. A todos ellos inspiraba respeto. En una gran mayoría provocaba, además, admiración que en algunos casos llegaba a la devoción. En una minoría despertaba indiferencia e incluso fastidio, que no salían a luz por la fuerza del respeto. Muchos de ellos sintieron que el ejemplo de Ricaldoni era un objetivo para sus futuras vidas de médicos, al punto de querer seguir sus pasos y

nombramiento directo del Decano Ricaldoni, como secretario médico del Consejo de la Facultad, cargo honorario creado a iniciativa del Decano. Posteriormente ocupó, de 1919 a 1921, el cargo de Jefe de Clínica del Servicio de Ricaldoni y poco después fue designado asistente de la misma Clínica. De ahí en adelante su carrera asistencial y docente se encaminó exclusivamente a la radiología, disciplina en la cual fue Profesor titular y Director del Instituto de Radiología.

Rodolfo Talice (1899-1999). Desde su graduación en 1924 sintió una fuerte atracción por Ricaldoni. Fue Jefe de Clínica adjunto de 1925 a 1926 en la Clínica Médica de Ricaldoni y asistente de laboratorio del Instituto de Neurología de 1927 a 1932. Se orientó rápidamente a la parasitología, como ayudante de Gaminara, y en particular al estudio de la enfermedad de Chagas. Fue Profesor de Parasitología desde 1936 hasta 1964. Gran admirador de Ricaldoni, su primer maestro, siempre lo recordó con afecto en innumerables ocasiones. La última carta firmada por Ricaldoni, el día anterior a su muerte, recomendaba a su colaborador Rodolfo Talice y estaba dirigida al Prof. Lereboullet de París.

Diamante Bennati (1899-1973). A poco de graduado, en 1926, sintió la atracción por la personalidad de Ricaldoni, que lo había cautivado siendo estudiante, y se acercó como colaborador del laboratorio clínico. Integró el plantel fundador del Instituto de Neurología como Ayudante de Laboratorio de Análisis Clínicos. Después de un largo viaje a Francia, retornó ya decidido a dedicarse a la fisiología, materia de la que fue Profesor titular y donde reunió a un carismático grupo de investigadores.

Isidro Más de Ayala (1899-1960). Médico de brillante trayectoria en la psiquiatría nacional y en la literatura de ficción. Siendo estudiante demostró una profunda admiración por Ricaldoni, expresada en sus artículos escritos para *El Estudiante Libre*, del cual fue redactor responsable. Se graduó en septiembre de 1926 y al año siguiente figura en la lista de integrantes fundadores del Instituto de Neurología, como colaborador. Se mantuvo siempre unido al Instituto, tanto por su particular interés por las bases orgánicas y fisiológicas de ciertas afecciones psiquiátricas, como por su perenne admiración por Ricaldoni.

OTROS COLABORADORES

José Rossemblatt (1896-1953). Nacido en Argentina, estudió medicina en Montevideo, graduándose en 1922 con medalla de oro. Fue Jefe de Clínica de la Clínica Médica de Ricaldoni y como tal pasó a ser el primer Jefe de Clínica del Instituto de Neurología en 1927, junto a

Amenizaremos este capítulo con dos anécdotas en las que podremos captar algunas de las tonalidades de su proceder matizado y elocuente.

El padre de uno de nosotros (F.M.G.) fue Practicante Interno de Bernardo Etchepare (1868-1925), primer profesor de Clínica Psiquiátrica de nuestra Facultad, en el Hospital Vilardebó, y guardó siempre hacia él una verdadera admiración, tanto como clínico como psiquiatra y como hombre de exquisita sensibilidad con la que expresaba su afecto.⁹ Trabajó así una amistad de maestro y discípulo, aunque no cultivaran la misma orientación clínica.

Años después de su vuelta de Europa, fue Mañé requerido por Etchepare para asistir a su única hija, Cecilia, que desde hacía ya varios días presentaba un estado febril con gran postración y abatimiento, sospechando una fiebre tifoidea.¹⁰ Con la diligencia que podemos imaginar, concurrió Mañé y compartió el diagnóstico. Con la asiduidad debida, se dedicó a tratar a la hija de su dilecto amigo, demostrando Etchepare una total confianza en sus prescripciones, que en esa época eran solo aquellas referidas a preservar el estado general, reducir la fiebre, adecuar una dieta muy restringida y, sobre todo, ayudar con su presencia a infundir optimismo, paciencia y vigilar los famosos períodos por que cursa esa terrible enfermedad. Luego de la primera semana, los signos fueron estabilizándose, el curso era evidentemente favorable, pero el joven médico creyó oportuno, a fin de compartir la responsabilidad en la asistencia, llamar en consulta a la eminencia médica de la época, Américo Ricaldoni, amigo y compañero de Etchepare. Éste, si bien estuvo de acuerdo, no dejó de reiterarle su total confianza en la conducción y pronóstico de la paciente.

Concurrió Ricaldoni con su gesto atento, vivaz y serio. Como ya hemos dicho, se imponía con su presencia, irradiaba respeto y despertaba consideración especial. Imaginemos todo el trance, desde el interrogatorio al prolijo examen clínico, no dejando de lado ningún signo visceral ni menos neurológico. La paciente colaboró, ya más animada, y hasta sonrió a algún chiste que le hiciera ese gran maestro (recordemos que sus chistes eran siempre muy malos).¹¹ Pasaron así al cuarto de baño

9 Mañé Garzón, F; Do Campo, O. "Bernardo Etchepare (1868-1925)." *Ses Soc Urug Hist Med*, 2005 (en prensa).

10 Mañé Garzón, F. Comunicación personal c. 1950.

11 Más de Ayala, I. *Américo Ricaldoni*. Montevideo, 1945. 29 pp.